

longitud. Abolió al propio tiempo el bárbaro emperador las escuelas de letras Sagradas que existían desde Constantino el grande. Pretendió por último obligar á todos los moradores de Constantinopla, no solo á entregar sin escepcion las imágenes de Jesucristo, de la Virgen y de sus Santos para quemarlas en medio de la ciudad, sino tambien á que borrarán ellos mismos con cal todas las pinturas de las iglesias; y como la mayor parte de ellos se negasen á obedecerle, les cortaban las manos, los brazos ó la cabeza, por lo cual hubo muchos mártires en todas las clases y condiciones.

No se contentó con profanar así las iglesias en todos sus Estados de Oriente, sino que tambien envió orden para que se ejecutase lo mismo en Italia. Al oír esta noticia conmoviéronse todos los pueblos, y derribaron y hollaron las imágenes de un emperador que no respetaba la de Jesucristo. El Papa, sin aprobar la sedición, exhortó á los fieles á preservarse de la herejía, y duplicó sus oraciones y limosnas, prescribiendo ayunos y procesiones para obtener los socorros del cielo en una necesidad tan urgente. Repetidas veces escribió al emperador para hacerle entrar dentro de sí mismo, pero sin fruto. Lejos de eso, juntándose en este príncipe el espíritu de avaricia al del error y de la impiedad, tomó entonces el método de usurpar á las iglesias los vasos de oro y plata á pretexto de que tenían grabadas las imágenes de algunos Santos. El celo de la herejía y el resentimiento que ardía en su corazón contra el Papa que la combatía, le hicieron intentar varias veces el asesinato de Gregorio II, para sustituirle un Pontífice mas favorable á sus designios (1); empero salieron frus-

(1) Anast. in Gregor. II.

trados sus intentos por el celo de los romanos, quienes dieron al Papa Gregorio una especie de superintendencia sobre la ciudad y el ducado de Roma, la cual fué desde el año 726 el principio de la soberanía de los Papas.

Pablo, exarca de Rávena, viendo malogradas las conspiraciones secretas, empleó abiertamente la fuerza y envió tropas contra Roma. No se desanimaron por eso los romanos; y unidos á ellos los lombardos para defender al Padre comun de los fieles, y corriendo de todas partes en gran número, aterraron de tal suerte á las tropas del exarca, que no osaron acercarse.

Sin embargo, algun tiempo despues, el rey Luitprando, siempre solícito en utilizar las ocasiones de estender su poder, hizo alianza con el eunuco Eutiquio, exarca de Rávena, y se convinieron en que el rey sujetaría á su obediencia los duques de Spoleto y Benevento, y que el exarca se haría dueño de Roma para ejecutar las órdenes del emperador contra el Papa. Con efecto, Luitprando sometió á los duques, y despues se encaminó á las puertas de Roma. Conservó el Pontífice su serenidad, resuelto á librar á su pueblo ó á sacrificarse en su defensa. Salió valerosamente al encuentro del lombardo, y le habló en unos términos que enternecieron á todos. Cedió Luitprando con tanta mayor facilidad, cuanto que habia adquirido ya lo que deseaba. Echóse á los pies del Pontífice, ofreció no hacer daño á nadie, y despojándose de sus armas, fué á dejar delante del cuerpo de San Pedro su espada, tahalí y manto, con una corona de oro y una cruz de plata. Despues de haber hecho oracion rogó al Papa recibiese tambien al exarca á la paz, lo que ejecutó Gregorio con una sinceridad nada sospechosa, pues favoreció á este tímido eunuco contra Tiberio, llamado por otro nombre Petaso, que se rebeló poco despues

en la Toscana y pretendió coronarse emperador.

Leon no desistió de sus tentativas impías, á pesar de los riesgos en que le precipitaban. Llegó su ceguedad hasta el extremo de enviar al Papa su edicto contra las imágenes, y á pesar de todo lo que habia ocurrido le ofrecía sus buenos oficios si le admitía, y le amenazaba con que le haría deponer, si estorbaba su ejecución. Despreció Gregorio amenazas y promesas, y exhortó á todos los cristianos por medio de cartas circulares á que despreciasen con valor esta orden tan impía. Púsose al instante en movimiento toda la Italia: los pueblos de la Pentápolis, súbditos de Leon, y hasta su ejército de Venecia, es decir, de la provincia de Rávena, declararon que combatirían hasta morir en defensa del Papa, y anatematizaron al emperador herege y á todos los fautores de su herejía. Nombraron gefes, enviaron por todas partes diputados y negociadores hábiles y activos; y en fin, toda la Italia por una deliberación pública acordó elegir otro emperador, y partir á coronarle á Constantinopla; mas el Papa contuvo esta sublevación (1).

Habiendo Exhilarato, duque de Nápoles que era dueño de la Campania, querido inducir al pueblo de esta provincia á quitar la vida á este Pontífice, le cogieron los romanos y le dieron la muerte juntamente con su hijo. Espulsaron luego de su ciudad al duque Pedro de quien concibieron sospechas, y Pablo, nuevo exarca de Rávena, fué muerto por uno de los partidos en que estaba dividida aquella ciudad. Rindióse á los lombardos la ciudad de Auxeme en la Pentápolis, y muchas plazas de la Emilia siguieron el mismo ejemplo. Apoderáronse por fin de la misma ciudad de Rávena, don-

(1) Teoph. ann. 7

de reinaban el desorden y la confusión, y el exarca se vió en la necesidad de ir á residir en Venecia. Así nos lo demuestra una carta que escribió entonces Gregorio II á Urso, duque de aquella ciudad, en la que este Pontífice, adicto siempre al emperador Leon á pesar de sus errores y violencias, exhorta á este duque á entenderse con el exarca para volver á poner la ciudad de Rávena bajo las leyes imperiales (1), y aun impidió que los romanos quitasen la vida al patricio Eutiquio, á quien habian sorprendido de nuevo en una conspiración contra la Cabeza de la Iglesia. Mas la repetición de tantos crímenes obligó á los romanos á tomar medidas mas eficaces para la conservación de su Pontífice y de la fé de que era víctima; grandes y pequeños, todos se obligaron con juramento á perder la vida antes que consentir que su persona sufriese algun mal. Intentó otra vez el patricio Eutiquio seducir al rey y á los duques de los lombardos con el cebo del oro, tan poderoso por lo regular en el espíritu de aquel pueblo; pero de esta tentativa no sacó mas que la vergüenza y confusión debidas á la infamia de una maquinación tan vil. Lejos de dar oídos á sus insinuaciones pérfidas, se reunieron á los romanos obligándose con el mismo juramento que ellos á la defensa del Sumo Pontífice. Por su parte Gregorio, distinguiendo con prudencia entre los esfuerzos de los pueblos contra el imperio, y el amor religioso que profesaban á la persona del Vicario de Jesucristo, les tributó gracias por un afecto nacido del horror á la herejía, y los exhortó al mismo tiempo á permanecer fieles al emperador. Tal era el respeto de este santo y sábio Pontífice á los débiles restos del poder que los sucesores de los Césares conservaban en la antigua Roma. Los griegos pretenden

(1) Greg. II. Epist. ad Urs. tom. 6 Conc.

sin embargo que Gregorio II sustrajo la Italia de la obediencia de los emperadores; mas los historiadores de Italia, que se explican de un modo enteramente distinto, merecen tanto mayor crédito, cuanto su adhesion al Papa no les habria hecho adular la verdad en una materia que en su opinion no podia menos de honrarle. ¿Por ventura le habrian creído reprobable si usando de acuerdo con ellos de un derecho de soberanía ó independencia casi del todo establecido, se hubiese aliado con los lombardos y otros pueblos absolutamente independientes para rechazar la fuerza con la fuerza y librarlos, no menos que á la Iglesia, de las últimas desgracias?

El Papa Gregorio no quiso admitir las cartas sinódicas de Anastasio, encumbrado á la Silla de Constantinopla por la profesion que hizo de la nueva heregia. Animado del vigor conveniente á la primacia de la Sede Apostólica, le escribió diciendo que si no tornaba á la fé de la Iglesia, le privaria del sacerdocio. Mas no pudo ejecutar esta amenaza, pues murió poco tiempo despues, es decir, en 10 de febrero del año 731. Su pontificado de cerca de diez y seis años en los tiempos mas críticos, no fué mas que un largo tegido de acciones vigorosas y sábias, de virtudes pacíficas y hechos brillantes. Tuvo siempre por blanco de ellas la gloria de Dios, la utilidad de la Iglesia y la salud de los pueblos y de los mismos príncipes, á quienes se vió en la obligacion de contradecir. Cuéntasele en el número de los Santos y se celebra su fiesta el 13 de febrero.

Se conservan algunas cartas suyas, que nos manifiestan el estado del gobierno gerárquico en la parte septentrional de Italia. La diferencia de dominaciones que la jurisdiccion eclesiástica seguia todavía con bastante frecuencia, habia hecho dividir en dos el patriarcado de Aquileya. Sereno, patriar-

ca de los lombardos, residia en Friul; y Donato, patriarca de los romanos, seguia viviendo en Grado (1). A instancias del rey de los lombardos habia concedido Gregorio II el pálio á Sereno, quien tomó pretesto de este favor para formar algunas pretensiones contra Donato. Al instante el Papa por medio de sus cartas le mandó que se contuviese dentro de sus límites, que eran los de la dominacion de los lombardos. Al propio tiempo escribió á Donato, á los demas obispos, y á los pueblos de Venecia y de Istria, diciéndoles que no habia pretendido hacer novedad en sus derechos eclesiásticos, y que aún debian perjudicar menos á sus derechos políticos estos reglamentos de religion.

Interin se celebraban los funerales de Gregorio II, todo el pueblo romano como por inspiracion divina cogió á la fuerza al sacerdote Gregorio que estaba presente, y le sentó en la Cátedra de San Pedro. Ordenáronle á los treinta y ocho dias despues de la muerte de su predecesor, en 18 de marzo del mismo año 731. La veneracion pública no podia ser mas justa, porque Gregorio estaba dotado de una dulzura evangélica, pero sin debilidad ni afeminacion, y de una prudencia consumada: era profundo en las Escrituras, naturalmente elocuente, y aunque siro de nacion, tenia una facilidad extraordinaria para explicarse en griego y en latin: era inviolablemente adicto á la fé católica, y de una caridad ejemplarísima que no cesaba de distinguirse redimiendo los cautivos y socorriendo á los presos, á las viudas, á los huérfanos y á todas las personas desvalidas (2). A estas obras de misericordia juntaba la ciencia y la práctica de la vida interior, en la que se complacia conducir por las sendas de la mas

(1) Gregor. II. *Epist.* 14 et 15.

(2) Anast. in *Gregor.* III.

sublime perfeccion á aquellas almas que el Señor habia prevenido con sus gracias de eleccion. Llamáronle Gregorio el jóven; para distinguirlo de su predecesor, con quien le han confundido muchas veces los griegos.

Apenas fué instalado en el trono pontificio se consagró con la mayor eficacia á extinguir la guerra que el emperador Leon hacia á las santas imágenes. Envióle un sacerdote de la Iglesia romana, llamado Jorge, con cartas no menos afectuosas que instructivas para sacarle de su error. Repetiale cuanto hemos espuesto en los escritos de San German acerca de lo imaginario del temor de idolatrar reverenciando las imágenes de Jesucristo y de sus siervos.

«Mas durante los primeros años de vuestro reinado, continúa (1), no hicisteis una objecion tan estraña. En la Iglesia de San Pedro conservamos cuidadosamente las cartas selladas con vuestro sello y suscritas de vuestra mano con el vermellon, y en ellas confesais nuestra fé en toda su pureza y estension; habeis caminado con esta rectitud por espacio de diez años, ¿quién os ha hecho retroceder en este tiempo, precipitándoos en una caída tan funesta? ¿quién os aparta de la senda trazada por los PP. y por los seis Concilios generales? Teniendo por obispo á nuestro santo hermano German, debiais consultar como á vuestro padre á este venerable anciano de edad de noventa y cinco años, durante los cuales no ha cesado de adquirir gran fondo de experiencia para utilidad de la Iglesia y del imperio; pero vos le habeis desatendido por escuchar á ese insensato y perverso efesino, hijo de Absimaro, y á su obispo Teodosio, que es uno de los gefes de la nueva impiedad. Príncipe, no obró de esta manera el emperador Contantino Pogonato, de feliz memoria, que mandó celebrar el sexto Concilio, y fué el primero en acatar sus decisiones. Aprended de su ejemplo que no pertenece á los emperadores sino solamente á los obispos el decidir en materias de Re-

ligion. Asi como los prelados que son puestos en las iglesias se abstienen de los negocios políticos, del mismo modo los príncipes seglares deben abstenerse de los negocios eclesiásticos, y limitarse cada uno á la autoridad que le ha dado el cielo (1). El santuario y el palacio tienen ministros diferentes, deben limitarse á lo que respectivamente les compete sin osar siquiera volver los ojos á lo que no es de su respectiva incumbencia. El obispo no debe mezclarse en la distribucion de las dignidades temporales, y el emperador no puede instituir sacerdotes ú obispos, ni consagrar ó administrar los sacramentos; mas aún, ni aun puede participar de ellos sin el ministerio sacerdotal.

«Nos proponeis, continúa el Pontífice, reunir un Concilio ecuménico; mas no lo juzgamos conveniente. Vos sois el autor de la guerra que sufre la Iglesia: dejad de inquietarla, y de este modo tendrá paz y se acabarán los desórdenes. Gozaba la Religion de una tranquilidad profunda cuando vos habeis escitado los combates y los escándalos; la celebracion de un Concilio no haria mas que aumentarlos en las presentes circunstancias. ¿Dónde está el piadoso emperador que pueda asistir al Concilio, segun costumbre, para auxiliar y hacer llevar á efecto sus decisiones, recompensar á los defensores de la verdad y reprimir á los que la blasfeman? Creéis asustarnos diciendo: yo enviaré á Roma para que derriben la imagen de San Pedro, y para traer preso y cargado de cadenas al Papa Gregorio, como en otro tiempo á San Martin. ¿Pero ignorais que el odio que profesais á la Iglesia ha levantado contra vos á todo el Occidente? En vez de infundirnos temor nos moveis á compasion: hemos tenido el dolor de ver arrancadas, derribadas y pisadas vuestras efigies. Los lombardos, los sármatas y otros pueblos del Norte, han hecho correrías en la provincia de Rávena, se han apoderado de esta ciudad, y han arrojado á vuestros oficiales, poniendo en ella los suyos, y asi piensan tratar á las plazas que teneis mas cercanas á nosotros, sin es-

(1) Tom. 7 *Concilior.* pag. 10.

(1) Tom. 7 *Conc.* p. 20.

ceptuar á Roma; ¿y qué recursos tenéis para defenderlas? Persuadíos, pues, de que vuestras amenazas nada tienen aquí de terrible; antes por el contrario, los Papas han venido á ser mediadores útiles para vos entre el Oriente y el Occidente.»

El sacerdote Jorge marchó animoso con estas cartas en calidad de legado; mas no tuvo la constancia necesaria (1). A su llegada á Constantinopla halló los ánimos tan enconados, que ni siquiera se atrevió á presentar sus despachos al emperador, y regresó á Roma sin haber hecho nada. Confesó con ingenuidad su flaqueza dando grandes señales de arrepentimiento y prometiendo repararla. El Papa quería deponele irremisiblemente en un Concilio; mas á ruego de los obispos que intercedieron unánimes por esta debilidad momentánea, que el culpable estaba pronto á hacer olvidar, se contentó el Pontífice con obligarle á hacer penitencia, tornando luego á enviarle á Constantinopla con aquellas mismas cartas que le hicieron temblar en su primer viaje. Mandó el emperador se las cogiesen en Sicilia, sin consentir que el legado las llevase á Constantinopla, y le condenó á destierro, en el que le tuvo cerca de un año.

Sabedor de esto el Papa, congregó en el año 732 un Concilio de noventa y tres obispos en la iglesia de San Pedro, hallándose entre ellos el arzobispo de Grado, y el obispo de Rávena, súbditos del emperador. Los sacerdotes, los diáconos, todo el clero romano fué generalmente admitido en él. Como no se trataba de aquellas especulaciones profundas que ocuparon á la mayor parte de los Concilios precedentes, sino de una práctica universal y constante, que formaba una parte de la devoción de los pueblos, y á fin de manifestar al emperador cuán adictos estaban á una costumbre tan reconocida

(1) Anast. in Gregor. III.

de la fé católica, y cuán arriesgado era para él mismo pretender violentarlos en este punto, dieron entrada á los magistrados y á todo el pueblo romano. Resolvieron que si alguno en lo futuro despreciando el uso de la Iglesia apostólica en lo perteneciente á las santas imágenes, las quitase, destruyese, profanase ó hablase de ellas con desprecio, seria esluído de la participación del cuerpo y sangre de Jesucristo, y separado de la comunión de la Iglesia. Decretaron igualmente que se escribiese al emperador Leon de parte del Concilio, exortándole á que mudase de conducta y á que pusiese fin á sus violencias.

Para confirmar el Pontífice con su ejemplo la decision del Concilio, mandó conducir á la Iglesia de San Pedro seis columnas de alabastro, que le habia dado el exarca Eutiquio: fueron erigidas delante de las reliquias del Principe de los Apóstoles, tres á la derecha y tres á la izquierda, y cubiertas de plata finísima, en la que estaba grabada por un lado la imagen del Salvador y las de los Apóstoles, y por otro la de la Madre de Dios y las de muchas vírgenes célebres por su santidad. Para testificar todavía de un modo mas espresivo el respeto debido á las reliquias de los Santos, como igualmente á sus imágenes, recogió Gregorio gran cantidad de estas reliquias preciosas, y construyó en la misma Iglesia de San Pedro un oratorio, donde las colocó con muchas piedras preciosas, un cáliz de oro con su patena, y dos vinageras de plata. Adornó principalmente la imagen de la Virgen con una diadema de oro, un collar tambien de oro sembrada de perlas, seis preciosos jacintos, y otras muchas joyas inestimables, sin contar las coronas, los vasos y las cruces de plata. En el oratorio del pesebre, llamado por excelencia el santo oratorio, puso una estatua de la Madre de Dios con su Hijo en los brazos, todo de oro macizo, sumamente brillan-

te por lo esquisito de las piedras preciosas.

Entretanto las cartas del Concilio que el defensor Constantino tenia el encargo de presentar al emperador, fueron interceptadas como las precedentes; y á este nuevo portador le encerraron injuriosamente del mismo modo que á Jorge en una estrecha cárcel, de la que logró librarse con dificultad al cabo de un año (1). Todos los Estados de Italia reunidos dirigieron sobre el mismo objeto una representacion al príncipe herege, quien no guardó mas miramientos con una diputacion tan respetable. En fin, el Pontífice, no queriendo omitir cosa alguna en un negocio de tanta importancia, escribió tambien á Leon y al Patriarca Anastasio. Pero todas estas tentativas fueron mas que inútiles, pues Leon no atendiendo mas que á su ciego despecho, armó una escuadra numerosa, y la envió á toda prisa contra los italianos. Estos pueblos muy poderosos cuando estaban unidos, pero mal preparados y todavia menos acordes, debian temer las resultas de este armamento tan formidable. La consternacion se esparcía ya por todas las provincias cuando el Señor suscitando los vientos y la tempestad hizo se estrellasen las naves unas con otras en el mar Adriático. El duque Manés, á cuyo mando iba esta escuadra, recojió sus restos y remontando el Po fué á atacar á Rávena con ánimo de saquear siquiera aquella ciudad; pero corriendo sus habitantes á las armas, le derrotaron completamente el día 26 de junio de 733. A su vez la venganza de Leon, aunque mas sorda, no por eso fué menos opresiva: aumentó un tercio el tributo personal de Calabria y de Sicilia, á donde podian todavia llegar sus tropas, y mandó formar un registro de todos los varones que naciesen; confiscó en sus dominios los patrimonios de San Pedro de

Roma que ascendian á la suma de doscientas veinticuatro mil libras; persiguió en Oriente á los ortodoxos con tantos ardides como violencia, atormentándolos indignamente, pero sin quitarles la vida, temiendo que se les honrase como á mártires, aunque no dejó sin embargo de mandar que hiciesen perecer á muchos, cuyos nombres han conservado los griegos en largos catálogos, si bien es difícil distinguir bajo de qué tirano sufrieron respectivamente el martirio, pues como han sido muchos los emperadores iconoclastas, los menologios han confundido con frecuencia los distintos perseguidores, y en particular á Leon Isáurico con Leon Armenio.

A los esfuerzos que hizo en Oriente el primero de estos emperadores iconoclastas, opuso el Señor un doctor ilustre que fué tanto mas útil á la Religion, cuanto que no vivia bajo el dominio romano. Nació en Damasco de padres cristianos, y fué llamado Juan (1). Su padre, no menos distinguido por sus virtudes que por su nobleza y opulencia, le hizo instruir en todas las ciencias profanas y sagradas. Renunció Juan despues la herencia paterna, y abrazó la vida solitaria en el monasterio de San Sabas cerca de Jerusalem. Se le dió el sobrenombre de Mansur, es decir, rescatado, y el de Chrisóroas ó rio de oro, del nombre de uno de los rios que pasan por Damasco (2). Llamáronle así los griegos por su elocuencia; pero entre los latinos es mas conocido con el nombre de San Juan Damasceno.

Entre sus diferentes obras se hace particular mencion de tres discursos que escribió contra los iconoclastas. Dió á luz el primero luego que supo el decreto del emperador Leon contra las santas imágenes.

(1) Bolland. ad diem 6 Maji.

(2) Teoph. ann. 2. Copr.

(1) Anast. *ibid.*